



Un lenguaje común

Egreso. Sobre comunidad, duelo y Mark Fisher, de Matt Colquhoun (Caja Negra) | por Óscar Brox

“La amistad, ¿por qué se hace uno amigo de alguien? Para mí, es un asunto de percepción. Se trata... no de tener ideas comunes, sino, ¿qué quiere decir tener algo en común con alguien? Es cuando uno se entiende sin tener que explicarse. No es partir de ideas comunes, sino que se tiene un lenguaje común”.

Vuelvo, por un momento, al Abecedario de Gilles Deleuze en busca de su idea de la amistad. Primer contratiempo: dedicó la entrada “A” a “Animal” (¿podría haber sido para otra cosa?); de hecho, no fue hasta la “F” de “Fidelidad” que surgió la cuestión. No importa. Uno llega al texto, un poco a trompicones, con las interrupciones de Claire Parnet, los silencios, lagunas y matices, y observa de qué manera Deleuze modula el concepto, se enrosca alrededor de la palabra y la desmigaja una, otra y todas las ocasiones que haga falta. Así hasta caer en la cuenta de su importancia en la filosofía francesa. Están Montaigne y Blanchot, claro, pero también Derrida y su *Cada vez única, el fin del mundo*. Está Deleuze cuando escribe con Guattari o sobre Foucault, Spinoza y Bacon. Está, en definitiva, esa idea de comunidad, de lenguaje común. Y ahí es donde empieza todo.

Probablemente, a más de uno le sorprenda toparse con un libro con Mark Fisher como (casi) objeto de estudio. La elegía íntima a un teórico de la cultura fallecido hace apenas 5 años. ¿Demasiado pronto? ¿Era necesario? ¿Acabará Fisher convertido en el fetiche o el tótem del modernismo *pop*? Con Fisher sucede algo parecido a lo que pasa con Owen Jones, hasta qué punto sus textos, a menudo escritos mirando hacia las entretelas de la sociedad británica, son capaces de abrir caminos y vías hacia otras situaciones culturales. Encontrar paralelismos. Sintonizar sensibilidades a

través de la música, la literatura o el cine. Matt Colquhoun señala en su libro algo que me parece muy valioso: quizá Fisher no fuera un pensador muy original, aunque tampoco escondía sus influencias ni de quién tomaba prestadas las ideas. Sin embargo, sí era la clase de teórico que sabía cómo mejorar esas ideas, cómo desarrollarlas y llevarlas unos cuantos pasos más allá. Y eso es algo muy importante, algo que le concede una ventaja a sus textos, que los aleja de ese sentimiento de obra forzosamente cerrada. Que los deja, precisamente, abiertos. A la espera de que alguien los continúe, los siga desarrollando. Y eso es lo que hace tan especial, casi tan único, a un libro como *Egreso*.

Colquhoun ha escrito un libro que se puede leer de muchas maneras. En un primer momento se trataría de un diario de duelo, con esas entradas consignadas con la fecha en las que reconstruye los días después de la muerte de Fisher y el impacto que sacudió al entorno de la escuela Goldsmiths. También podríamos hablar de retrato de una generación de teóricos cuyos trabajos se mantuvieron a unas cuantas millas de distancia de la academia, desde un proscrito como Nick Land hasta figuras de la nueva crítica musical como Simon Reynolds; autores sin los que sería difícil conocer el sendero intelectual de Fisher. Luego estaría el trabajo de ensayo, en el que Colquhoun juxtapone las ideas del autor de *Lo raro y lo espeluznante* con su interés



por Bataille, Blanchot y la idea de comunidad. Y, asimismo, tampoco sería descabellado hablar de *Egreso* como un libro sobre la amistad como comunidad y, sobre todo, como lenguaje común. En algunas cosas, la camada de pensadores surgida al calor del CCRU (la unidad de investigaciones sobre cultura cibernética) recuerda a la sensibilidad creativa que manifestó el posestructuralismo francés. O cómo, de pronto, la filosofía y su lenguaje se transformaban casi en ciencia ficción, en textos de una imaginación desatada, excesivos y, por qué no, estomagantes. Donde unos tenían al *Nouveau roman* como coartada, los otros tienen a la música de Aphex

Twin, Kode9 o Burial. Y diría que Colquhoun es bastante perspicaz a la hora de trazar líneas entre unos y otros. De hablar del afuera, de volver a la importancia de Lovecraft en cierto momento del trabajo de Fisher y de buscar lo ácido en la electrónica resquebrajada de Aphex Twin. Sus textos fomentan esa polinización cruzada, esa amistad. Lo común. Y tratan de llevarlo todo un paso más allá. Y, de paso, de actualizar a autores como Blanchot y Bataille, a Simone Weil y a Nick Land (¿quién es más intenso de los dos?). Todo ello, por cierto, sin dejar de lado ese sentimiento de que Colquhoun nos está sumando en cada página, convocándonos, a esa vigilia por Fisher que tiene lugar en el apartamento de Kodwo Eshun, en un pub en el que suena *The Life of Pablo* de

Kanye West o frente al mural de la facultad. O dicho de otra manera, que nunca dejamos de sentir que su texto *hace* comunidad. Resulta hermoso pensar en el título del libro, *Egreso*, como un continuo salir de algo. Del castillo de vampiros sobre el que escribiera Fisher, de la agonía del turbocapitalismo, del duelo por el amigo muerto o de esa nostalgia cuya función social consiste en aplacar la ansiedad de estos tiempos a cambio de inmovilizarnos en una satisfacción banal permanente. Colquhoun se pregunta, entre otras cosas, por el valor de su libro, no sé si como escritor (para qué lo ha escrito) o como lector (por qué alguien querría leerlo). Lo justo es decir que *Egreso* plantea otra vía de escape de las estructuras sociales hegemónicas, reclama otra fuerza para continuar produciendo sentido. Otras vivencias. Otra conciencia. Otro *shock*. Dirigirse hacia lo radicalmente Otro, como dijera Foucault. Y todo comienza desde lo más mínimo: a través de los lazos comunitarios que se producen en plena conmemoración de la muerte de Fisher, entre bailes, conversaciones, en la urgencia y el dolor. Uno de los aspectos más interesantes del trabajo intelectual de Pier Paolo Pasolini fue el de cultivador de hierofanías, que defendía como momentos de lo sagrado. De la emergencia de subculturas, tribus o rasgos capaces de producir sentido, identidad o comunidad más allá de los tentáculos del capitalismo voraz. Otros mundos, diríamos. Diría que ese es la clase de rasgo que, de otra forma, estaba presente en la escritura de Fisher, a veces como proyecto y a veces como realidad efectiva, y que eso es algo que también aparece en este libro de Colquhoun. Que lo convierte, en fin, en una hierofanía. En un momento de lo sagrado. Una vía de escape. Un diario de duelo, comunidad y amistad.

La gran magia

La obra de una vida, de Béla Hamvas (Ediciones del Subsuelo) | por Juan Jiménez García

Desde hace unos años, desde que Ediciones del Subsuelo publicase aquí *La melancolía de las obras tardías*, Béla Hamvas me acompaña como una presencia siempre gozosa. En él encuentro la belleza de las pequeñas cosas, de los pequeños gestos, la importancia de aquello que ocurre, desapercibido, ante nuestros ojos. Y yo, que busco reencontrar o reencontrarme con aquel otro que encontraba estas cosas en cualquier sitio, yo, que me enamoré de Bohumil Hrabal por motivos parecidos, pienso a menudo en el escritor húngaro como



pienso en el checo. Y ellos se han convertido, de alguna manera, en dos compañeros de viaje, aquellos que me esperan en un rincón del cuadrilátero cuando suena la campana, y vuelvo hecho unos zorros de las luchas conmigo mismo. Y ellos, amorosamente, me secan la frente con sus libros, y me dicen que hay que seguir. Porque dejar de pelear por la belleza, por las sutilezas tras las que esta se esconde, dejar de cruzar puentes y montañas en su búsqueda, es una derrota. Y no una derrota cualquiera, sino la definitiva. Porque

perder, uno puede perder muchas veces, pero perder aquello que nos llena, ese aliento que nos insufla esa vida, no, eso no lo podemos perder.

Y si en *La melancolía de las obras tardías*, entendíamos la importancia de coger cerezas, del vuelo de los pájaros o de *La tempestad* de Shakespeare, en *La obra de una vida*, selección de sus textos a cargo del traductor, Adan Kovacsics, volvemos sobre los embriagadores caminos de esa búsqueda de las

razones por las que vivimos. Entendido vivir como algo más que estar vivo y, desde luego, algo completamente distinto a sobrevivir. Pero, además, comprendemos que el héroe moderno es aquel que se detiene ante el canto de un mirlo que salta sobre la hierba, incluso en estas ciudades grises (porque allí, aquí, también saltan y cantan). Que salvar a los demás, empieza por ser capaces de salvarnos nosotros mismos del tiempo que se nos impone, de las velocidades que nos son ajenas, del ruido, de ese ruido ensordecedor, de los

gritos de los falsos vencedores, de los falsos profetas, de las falsas necesidades.

Hamvas escribe que el milagro más grande del mundo es la alegría, mientras busca a los hombre idílicos entre aquellos que saben permanecer en calma. Calma. Inventamos un día sí y otro también nuevas palabras o, peor, usamos palabras de segunda o tercera mano, mientras caen en el olvido aquellas que merecían la pena. El idilio, esa facultad, dice, de estar sentado, callado, de esperar. Cuántas cosas encerradas en esto... Tranquilidad, silencio, espera. Una vida que resurge cada día. Que cada uno de esos días muere y cada uno de esos días vuelve a nacer. Dice, insiste, que la tarea del hombre es solo una: vivir de verdad. En Hamvas no está la búsqueda del placer, que siempre tiene algo de limitado, sino la de una plenitud. Y alcanzar esa plenitud necesita de límites precisos, abarcables, aún abrazando el misticismo o la magia. La obra de una vida es vivir. Habitar esos espacios en blanco que están alrededor de ella y qué, como decía Julio Cortázar de las hojas de los libros, es allí dónde se respira.

Jugar al escondite

El velo de Isis, de Pierre Hadot (Alpha Decay) | por Francisca Pageo

“La naturaleza ama esconderse”, dice Heráclito. ¿Guarda la naturaleza algún recuerdo, alguna lógica, alguna consciencia?, me replanteo. Y es que este libro es todo filosofía sobre la naturaleza, el mundo vivo y la muerte. Leer a Pierre Hadot la búsqueda de ese recuerdo que se esconde bajo el velo, bajo la piel que oculta las cosas. Con este libro pensamos sobre los límites y lo que nos rodea, desde un punto íntimo y a a vez delicado.

Para ver, cierra los ojos

El mundo bajo los párpados, de Jacobo Siruela (Atalanta) | por Francisca Pageo

“No existe ningún dualismo, ni distancia separadora entre yo y el mundo: el mundo y el yo son lo mismo, forman una unidad indisoluble interior”.

Un libro que nos habla del onirismo y sus historia. Un libro que nos habla de los sueños en todos los planos existentes. Un libro que busca lo sagrado, lo intelectual, lo imaginario y lo emocional, de una manera consciente y lúcida.



Abrirse paso en la guarida gris

No seas tú mismo. Apuntes sobre una generación fatigada, de Eudald Espluga (Paidós) | por Óscar Brox

En el tercer volumen de *K-Punk*, los escritos reunidos de Mark Fisher, hay una línea de pensamiento sobre la que no dejo de volver una y otra vez: *"debemos analizar cuidadosamente toda la maquinaria que desplegó el capital para transformar la confianza en abatimiento. Entender cómo funcionó este proceso de deflación de la conciencia es el primer paso para revertirlo"*. Deflación, abatimiento, impotencia, fatiga... hay una palabra asociada para cada una de las numerosas ramificaciones (económicas, ideológicas, psicológicas, etc.) de la cuestión. Y cada una de ellas converge en varios diagnósticos: de un lado, que las tecnologías sociales larvadas al calor del capitalismo saben cómo exacerbar y bloquear según qué pulsiones; y del otro, que resulta perentorio escarbar un poco más allá del asunto de la autoexplotación y el rendimiento para conseguir que la discusión avance hacia nuevas direcciones.

Hay varias cosas que me gustan del ensayo de Eudald Espluga. La primera es que huye de ese circuito cerrado en el que se ha instalado cierta crítica cultural, abanderada por autores cada vez más agotados como Byung-chul Han, que hace de cada texto, con sus eslóganes filosóficos y lugares más o menos comunes, una invitación a no atreverse a pensar. No cae en el victimismo ni en la saturación de un discurso que apesta a tierra quemada (hasta con pensar en las secuelas que ha traído *el entusiasmo*). En su lugar, Espluga nos ofrece unos apuntes, que son bastante más que eso, narrados desde la perspectiva de quien pertenece a esta generación fatigada. Otra cosa a destacar es su finura a la hora de reflexionar sobre determinados temas, empezando por la condición *millennial*. Antes de cualquier diagnóstico precipitado, Espluga se detiene a ver primero qué es esa caja de resonancia que comprende lo *millennial* y hasta qué punto se utiliza la palabra, y su campo semántico, con propiedad o con la misma ligereza con la que se escribe un texto carne de *clickbait*.

Por así decirlo, en No seas tú mismo tienen tanto peso las novelas de Sally Rooney u Ottessa Moshfegh como los textos de Nick Srnicek y las viñetas de cómic que recopila @bajonasso. Unos y otros reflexionan sobre la fatiga, el capitalismo voraz y la posibilidad de subvertirlo. Escapar al culto de la autosuperación personal, el perfeccionamiento, la proactividad y la producción continua. La obligación a dejar una huella, un rastro, un indicio de activa por más insignificante que sea la cosa. Escarbar en el capitalismo de plataformas y en el mantra de la economía colaborativa. En todos los inventos que las tecnologías sociales tienen para llevar a cabo un retrato robot de nuestra subjetividad. Pensar la biopolítica más allá de Foucault (acaso, ahora mismo, el filósofo más actual del Siglo pasado, con perdón de Wittgenstein) y el comunismo más allá de la dupla Hardt/Negri. Pensar en qué puede consistir la resistencia frente a la metodología del neoliberalismo y si en verdad el agotamiento nos puede ofrecer un vocabulario poscapitalista. Así, son muchos los temas que figuran en las páginas del ensayo de Eudald y su enfoque, además de fresco, directo y bien elaborado, abre no pocas ideas interesantes a madurar acabada la lectura.

De entre todos, me interesa mucho el último capítulo, Hacia una fatiga afirmativa, y las ideas que pone sobre la mesa. En concreto, siguiendo a Martí Peran, la cuestión de la fatiga como una negatividad radical *"que no pueda ser reaprovechada por el capital como #destrucción creativa# ni pueda ser ejercida a título individual"*. Utilizar los afectos negativos para combatir la cultura de la autoayuda (Halberstam, Ahmed), por mucho que haya una serie de precisiones que realizar a este respecto. *"Podemos reconocer el fracaso como una forma de negarse a aceptar las lógicas dominantes y la disciplina, como una forma de crítica"*. Si bien estas son tentativas que, a menudo, lo único que consiguen es paralizar momentáneamente la situación, no detienen esa deflación de la conciencia que señala varios párrafos atrás. De ahí que para Espluga sean hilos o cabos de los que tirar, pero no un terreno lo suficientemente sólido como para arrojar conclusiones u ofrecer argumentos a modo de cortafuegos. En su lugar, diría que está más preocupado por sacudir el polvo, las telarañas y la sobreadjetivación a otras situaciones que podrían ser más valiosas. Por ejemplo: dejar de patologizar el malestar laboral como si se tratase de una enfermedad psíquica; o dejar de dirigir todos las críticas y esfuerzos intelectuales hacia tal o cual algoritmo y tal o cual Red para comprender que lo importante radica en la tecnología social comunicativa que lo pone en funcionamiento o la plataforma, la economía y el modelo que vela por su mantenimiento y estudia los datos que le proporciona. Porque lo que importa es saber si se puede tramar algún tipo de estrategia para reapropiarnos de todo esto o imprimir un giro discursivo que haga de negarse a ser uno mismo, alegremente autoexplotado e hiperproductor 24/7, algo más que un gesto retórico vacío. Mark Fisher hablaba de *hackeo metafísico*, algo que podía cifrar en la exposición política del actor Russell Brand frente al *establishment* británico o en el huracanado homenaje al *grime* que Kanye West llevó a cabo en los Brit Awards. Algo así como la articulación, ni que sea fugaz, de un espíritu con el que hacer frente a las embestidas del capitalismo.

En Magma, la brillante novela de Lars Iyer, hay una parte que captura un poco el espíritu de todo esto: *"W. encuentra la expresión vórtice de impotencia particularmente motivadora de pensamiento, dice. Describe toda mi existencia: acción e ineficacia, movimiento y parálisis; esa extraña combinación de desesperación y frenesí"*. Quizá algún día Mr. Wonderful haga tazas a partir de ese mensaje. O una Tote Bag (eso probablemente ya existe). Cualquier cosa que sirva para monetizar la ansiedad. Eudald Espluga, mientras tanto, ha escrito el relato más certero de esta época y, sobre todo, de esta generación. Su análisis, su voluntad de trazar estrategias y de pensar por encima de los tópicos y los lugares comunes de la crítica (y de la academia), constituyen esa primera duda que nos permita salir de nosotros mismos. Es una llamada a pensar, a seguir pensando, que otras redes, otros activismos culturales, pueden crecer. Abrirse paso en la guarida gris. Ese es el espíritu.

Moverse entre las cosas

La melancolía de las obras tardías, de Béla Hamvas (Ediciones del Subsuelo) | por Juan Jiménez García

¿Cómo no sentir inmediatamente simpatía por un libro que tiene por título *La melancolía de las obras tardías*? ¿Cómo no sentirlo por un libro que contiene ensayos sobre el canto de los pájaros o coger cerezas? ¿Cómo no esperar todo de él? Esperar todo de él y encontrarlo ahí. Y reparar en que esos títulos no solo no son vanas promesas de algo sino toda una declaración de intenciones, capaces de contener la esencia de todo lo demás. En ellos está contenida la búsqueda de un sentido, a través de la sencillez. Una sencillez que arroja una cálida luz primaveral, de atardecer, sobre temas complejos. Porque Hamvas no fue un hombre cualquiera, aunque tal vez lo pretendiera. Fue uno de aquellos tantos sobre los que su época



arrojo toda la estupidez y todo el silencio que era capaz de reunir. Con una obra condenada a los cajones de su escritorio, nunca renunció a la libertad. La libertad, que para él no era la ausencia de obstáculos (eso es el capricho, decía), sino ser plenamente consciente de lo que uno es, dónde está y cómo moverse entre las cosas.

La melancolía de las obras tardías es una reunión de textos que abarcan buena parte de su vida, publicados

aquí y allá, prohibidos la mayor parte de las veces. Aún se siguen reuniendo sus obras completas, pero su lugar en la literatura húngara es, nos dice Adán Kovacsics, de suma importancia. Filósofo, el primero de sus logros es haber sido capaz de construir unos textos cristalinos,

Ahora

Ensayo sobre el cansancio, de Peter Handke (Alianza) | por Juan Jiménez García

Antes, cuando era niño, Handke solo conocía los cansancios temibles. Yo no recuerdo los cansancios de mi infancia y tal vez nunca estuve cansado. O los cansancios eran otros y entonces ni los consideraba, porque mis preocupaciones eran otras o ninguna o todas a la vez. No recuerdo mucho de mi infancia... Tengo algún recuerdo terrible y luego un montón de sensaciones que, desde hace unos años, me pongo a buscar y que voy guardando en una cajita de recuerdos, que, como ellos, no tiene presencia física. Todo es aire. Sí que recuerdo, ya en una igualmente lejana juventud, mi preocupación por el cansancio que no puede ser explicado como un esfuerzo físico. Mi padre hacía malabares con cajas y barriles de cerveza... ¿cómo decir, yo, que estaba cansado de no hacer nada? Desde entonces, siento que no tengo derecho al cansancio. Pero ahora, me siento terriblemente agotado. Un cansancio estructural, que se agarra a todas las partes de mi cuerpo, de un peso inimaginable, y que me hace sentir la impotencia de hacer pero también de explicar.

Pero, ¿entonces?

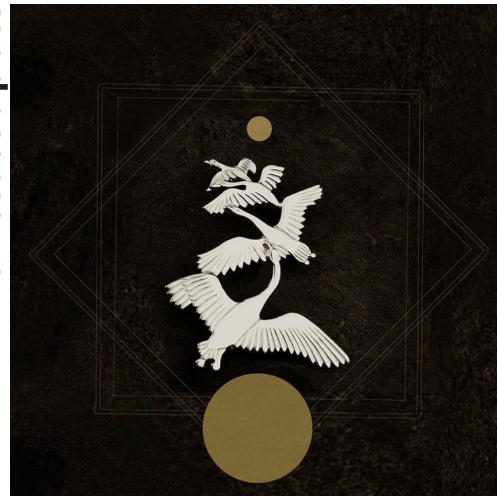
Entonces, caía el agua de la ducha sobre mí y sobre mi cuerpo dolorido. Desde hace un tiempo, dormir duele, y solo esa tibia lluvia artificial logra devolver el equilibrio perdido. Pensaba en el ensayo de Peter Handke y, de acuerdo con la contraportada, que este no deja de cuestionarnos sobre la relación personal que mantenemos sobre el tema que trata, ya sea un día logrado, un lugar silencioso o un jukebox. Entonces, caía el agua sobre mí y yo pensaba en mi propio cansancio. En algún momento pensé en el espacio en blanco. El espacio en blanco entre las letras, las palabras, lo escrito en una hoja. El espacio en blanco como contraposición al espacio en negro, al espacio ocupado. Pensé que me cansaba tanto lo que hacía como lo que no hacía, que me agotaban tanto o más los libros no leídos que los libros leídos, los trabajos

no hechos y, por tanto, pendientes, que los trabajos hechos, por muy agotadores que fueran. Lo por vivir que lo vivido. El futuro que el pasado o el presente.

Pensar en el porvenir, ¿cansa?

Sí, quizás, puede ser. Pero creo que lo realmente agotador, lo que me produce este cansancio de ahora y, si lo pienso, de siempre, ese cansancio pegajoso, sucio, es caminar hacia ningún lado sin llegar a ninguna parte o no saber hacia dónde voy. Hace unos días, quise ir a ver el mar. Ella se había quedado ahí, buscándose, y yo empecé a andar. Pensaba que todo estaba más cerca, también el puerto, pero andaba y andaba sin llegar ni siquiera a verlo ahí donde debía estar, al fondo. Esquivaba obras, esperaba semáforos, cruzaba pasos de peatones. El tiempo pasaba, y el tiempo era limitado, porque debía volver. Pero, a la vez, solo tendría sentido todo ese cansancio cumpliendo su propósito. En ese momento, algo tarde, apareció el mar. Un pequeño fragmento entre barcos y embarcaciones. Apreté el paso y me senté en un banco, junto a la orilla. Solo unos pocos minutos, apenas ninguno, porque debía volver. Pero ahora entendí que todo ese agotamiento no tenía importancia porque había llegado. Y pensé que así era también el resto de mi vida. Que no me agotaba vivir, sino vivir en un eterno círculo. Que tampoco es una cuestión de líneas rectas, sino de llegar. Llegar a algún punto, y ni siquiera el primero. Que las carreras que valen la pena son aquellas por el segundo lugar, y que yo también me hubiera detenido como aquel corredor solitario. Que esos espacios en blanco que me agotan también necesitan su final. Principio y fin. Al volver, allí estaba ella, buscándome. Como la busco yo todos los días, hora tras hora, aún creyendo saber dónde está. Como decía María Luisa Walsh, no hay túnel que dure cien años. Finalmente, nada de este cansancio habrá tenido importancia. Quedará olvidado como aquellos cansancios de la infancia. Buscar, buscar sin descanso. Para encontrar la eternidad.

Próximo club
This must be a place



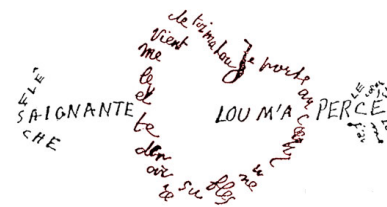
Sábado 2 de abril, 17:30
Librería Ramon Lull
Corona, 5 - Valencia

Lista de correo

club.detour.es
newsletter



literaturas
literatura en détour
literaturas.detour.es



de una belleza insólita. Tal vez, porque en él habitaba el corazón de la poesía. Preguntarse qué hace tan especiales las últimas obras de autores como Beethoven o Shakespeare (en el ensayo que da título al libro) se convierte un apasionante viaje sobre la creación y la vida (qué son esas obras sino ésta recogida en una última gota de miel, en sus palabras).

Hay, en muchos de sus ensayos (*El canto de los pájaros*, *Árboles*, *Coger cerezas*), un gusto por la vida que nos corta el aliento. Que un pájaro cante de una determinada manera, que un árbol tenga una determinada forma o el acto de subirse a un cerezo (cosa que no podemos hacer con un manzano), se convierten no solo en una reivindicación de la belleza y la luz sobre la oscuridad (y Hamvas sabía mucho de tiempos oscuros) sino en una reflexión sobre otros temas que rara vez se afrontan desde ese hedonismo, esa búsqueda dulce del placer. Casi sin darnos otras tantas cuestiones vienen a nuestra cabeza, y otras tantas respuestas a su escritura. Hay algo de tranquilizador en pensar que podemos intentar entender el mundo desde una posición cerca a la del paseante. Dice: *el pecado, amigo mío, consiste en el en-*

cierra. Hay que lanzarse a los caminos no para huir de nada, sino para encontrarnos con todo. *Y si no se encuentra, seguir buscando*.

Así, avanzamos entre la obra de Beethoven, de Kierkegaard, de los filósofos clásicos, como entre esos mismos árboles, aquellos cerezos. Y una cosa nos lleva a otra y esa otra a una más, como en ese poema de resonancias brechtianas que es *La formación de los Estados*. Y al final todo acaba porque tiene que acabar, pero nosotros hubiéramos seguido igual, caminando junto a Hamvas, en un silencio lleno de palabras. Y, como en *El maravilloso viaje de Joachim Olbrin*, empezamos a comprender que el secreto está en crear (hombres u obras) dejando en cada una de ellas una gota de sangre. Una gota de vida.

detour.es | diarios.detour.es
correo@detour.es | facebook/revistadetour
instagram/revistadetour | twitter/tidetour

libreriaramonlull.com